

De la Universidad actual a la que queremos construir: conocimiento público, democracia y bien común

Pablo Vommaro

La educación superior atraviesa una transformación profunda que vuelve a poner en discusión el sentido de la universidad, las formas de producir y compartir conocimiento y su lugar en la construcción de sociedades democráticas, igualitarias y justas.

En base a esta certeza, proponemos formular algunas preguntas sobre el presente, que consideramos fundamentales para proyectar el futuro.

¿Qué universidad necesitamos construir en sociedades atravesadas por profundas transformaciones tecnológicas, laborales, políticas y culturales? ¿Qué significa hoy concebir el conocimiento como un bien público y común? ¿Cómo renovar las formas de enseñar y aprender en un contexto marcado por la inteligencia artificial y la expansión de las tecnologías digitales? ¿Cómo fortalecer la autonomía universitaria y la capacidad pública de producir conocimiento? ¿Qué vínculos necesitamos construir entre universidades, territorios, comunidades y nuevas generaciones? ¿Cuál es el lugar de la educación superior en las lógicas sociales de creciente producción y reproducción de desigualdades? ¿Qué lugar pueden ocupar las universidades latinoamericanas y caribeñas en la construcción de futuros más democráticos?

Estas preguntas constituyen una parte central de nuestra propuesta porque permiten desplazar la discusión desde una posición exclusivamente defensiva hacia otro lugar profundamente necesario: qué universidad queremos construir.

Diversos trabajos y la experiencia que vivimos en CLACSO muestran que la universidad continúa siendo una institución fundamental para nuestras sociedades. Es un espacio de formación, producción de conocimiento, creación, encuentro entre generaciones, construcción de pensamiento crítico y elaboración colectiva de respuestas frente a problemas comunes. El desafío es construir una universidad capaz de responder a las transformaciones del presente y, al mismo tiempo, de intervenir activamente en la construcción de futuros más democráticos e igualitarios.

Recorreré ahora 9 puntos desde los cuales pensar la Universidad actual y construir colectivamente la que queremos y anhelamos desde el conocimiento público, el fortalecimiento y la revitalización de la democracia y la expansión de los bienes comunes.

LA UNIVERSIDAD COMO BIEN PÚBLICO Y COMÚN

Una primera convergencia es la centralidad que adquiere la concepción del conocimiento como bien público y común.

Esta discusión está en el corazón mismo nuestro argumento al proponer resituar a las universidades como espacios prioritarios para producir conocimiento socialmente relevante, orientado por horizontes de igualdad, justicia y democratización. Desde esa perspectiva, pensar las universidades latinoamericanas y caribeñas supone también construir una agenda capaz de vincular producción de conocimiento, políticas públicas y transformación de la educación superior.

Asimismo, pensamos que el conocimiento constituye una producción social y una potencia creativa que se enriquece cuando circula. De allí deriva una idea nodal, pensar la universidad como una comunidad académica, fundada en la autonomía, la libertad académica, el cuestionamiento y la capacidad de proposición.

Podemos incorporar a esta discusión la necesidad de reafirmar la autonomía universitaria, la libertad académica y el pensamiento crítico como condiciones para que la universidad pueda cumplir su función pública. Esto invita, al mismo tiempo, a recuperar las funciones sustantivas de la institución

universitaria, producir conocimiento, formar integralmente, sostener la discusión de ideas e intervenir con rigor en los grandes debates de nuestro tiempo. En un contexto de presiones externas y cuestionamientos a la universidad, la defensa de lo público aparece así inseparable de la capacidad de las propias instituciones para renovar y fortalecer su misión.

Por otra parte, en una etapa en la que las grandes corporaciones tecnológicas adquieren un peso creciente en la producción y el control de conocimientos estratégicos, la discusión sobre la universidad se vincula directamente con una pregunta más amplia: quién produce, quién controla y quién puede acceder al conocimiento. Frente a ello, la tradición del conocimiento público, abierto y de acceso universal adquiere una renovada actualidad.

La universidad pública es también una institución capaz de ampliar oportunidades, formar primeras generaciones universitarias y construir comunidad. En este sentido, la autonomía universitaria, el financiamiento público y la capacidad de sostener proyectos académicos propios forman parte de las condiciones necesarias para que esa función social pueda desplegarse.

En este punto, podemos formular una primera afirmación. El conocimiento constituye una infraestructura fundamental de la vida democrática. Fortalecer las universidades públicas implica fortalecer la capacidad de nuestras sociedades para producir conocimientos, formar profesionales, comprender sus problemas, ampliar derechos y construir respuestas colectivas.

RECUPERAR AL SUJETO Y RECREAR LA EXPERIENCIA UNIVERSITARIA

Una segunda convergencia reside en la necesidad de volver a colocar a los sujetos, los vínculos y la experiencia formativa en el centro de la universidad.

Vivimos un momento histórico en el que es importante recuperar al sujeto como horizonte de la educación superior. Es decir, pensar la formación universitaria más allá de la transmisión de contenidos o del cumplimiento de indicadores, recuperando la capacidad de preguntar, interpretar, imaginar y producir conocimiento situado.

Esta perspectiva adquiere una importancia renovada frente a las transformaciones tecnológicas contemporáneas. Si el acceso a la información deja de ser una capacidad escasa y puede realizarse de manera prácticamente inmediata, la función de la universidad no pierde relevancia. Por el contrario, puede volverse aún más importante. La cuestión no es solamente acceder a información, sino aprender a interpretarla, discutirla, relacionarla, contextualizarla y convertirla en conocimiento; formar sujetos capaces de formular preguntas relevantes; construir criterios para intervenir sobre problemas complejos y aprender a pensar con otros.

En este mismo sentido, sostenemos que el conocimiento también se produce desde los cuerpos, la sensibilidad, la imaginación, la percepción y la experiencia compartida. Desde esta perspectiva, la universidad es asimismo un espacio donde se construyen lenguajes, memorias, identidades y horizontes colectivos.

La propuesta de revincular resulta particularmente potente. No se trata de reconstruir una universidad del pasado ni de recuperar formas de sociabilidad que ya no existen. Se trata de inventar vínculos capaces de responder a sociedades que cambiaron profundamente. Las universidades pueden constituirse, en este sentido, en espacios privilegiados para producir nuevas formas de encuentro: entre generaciones, disciplinas y conocimientos; entre universidad y territorio; entre ciencia, humanidades y artes; entre experiencias académicas y experiencias sociales. La calidad de la universidad del futuro dependerá también de la calidad de esos vínculos.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL: DE USUARIOS A PRODUCTORES DE CAPACIDADES

La inteligencia artificial ocupa un lugar central en nuestras reflexiones, en las que proponemos desplazar la pregunta. La cuestión no es solamente cómo incorporar inteligencia artificial a las

universidades, sino qué capacidades queremos construir alrededor de ella. No se trata tanto de ver qué es capaz de hacer o resolver la IA, sino de dilucidar y actuar lo que nosotros queremos hacer con ella.

Desde esta perspectiva, proponemos comprender la inteligencia artificial como un problema político, pedagógico y epistémico. Se abre así una agenda concreta: desarrollar infraestructuras tecnológicas propias, repositorios abiertos, modelos construidos con criterios éticos y democráticos, mecanismos de gobernanza de datos y formas de protección del conocimiento producido con recursos públicos.

Esta perspectiva permite pensar a las universidades no solamente como usuarias de tecnologías producidas por otros actores, sino como instituciones capaces de intervenir activamente en su desarrollo, regulación y apropiación social.

Podemos profundizar esta discusión desde la idea de una apropiación crítica y soberana de la inteligencia artificial. Es decir, incorporar una formación crítica en IA de manera transversal a las disciplinas, revisar los sistemas de evaluación y fortalecer la cooperación regional como una muestra de que las transformaciones tecnológicas pueden convertirse también en una oportunidad para revisar prácticas universitarias largamente naturalizadas.

Si una herramienta puede producir rápidamente ciertos resultados que antes utilizábamos para evaluar aprendizajes, se abre una pregunta profundamente pedagógica: ¿qué queremos que aprendan realmente nuestros estudiantes? La respuesta que emerge de nuestros trabajos apunta menos a la reproducción de información y más al desarrollo de capacidades: pensamiento crítico, juicio situado, deliberación ética, creatividad, interpretación, capacidad de formular problemas y construcción colectiva de conocimiento. La inteligencia artificial puede convertirse así en una oportunidad para fortalecer aquello que constituye una de las mayores potencias de la experiencia universitaria: la formación de sujetos capaces de comprender el mundo y actuar sobre él.

Existe, además, una dimensión regional. Los datos, los algoritmos, las infraestructuras digitales y los modelos de inteligencia artificial forman parte de las nuevas infraestructuras del conocimiento, y América Latina y el Caribe necesitan desarrollar capacidades propias para intervenir en ellas. La cooperación entre universidades puede desempeñar aquí un papel decisivo: compartir repositorios, construir infraestructuras públicas, desarrollar corpus en nuestras lenguas, promover investigación regional, formar capacidades técnicas, diseñar marcos éticos y regulatorios y construir sistemas públicos y cooperativos de inteligencia artificial. La soberanía tecnológica también puede comenzar en nuestras universidades.

TERRITORIOS, COMUNIDADES Y PLURALIDAD DE SABERES

Otra dimensión fundamental para pensar la universidad actual y construir la que anhelamos con perspectiva de futuro es la de la justicia epistémica, la pluralidad de saberes y la incorporación de territorios y comunidades a la vida universitaria.

Si pensamos también en las lenguas propias, las memorias colectivas y los vínculos con el territorio, la universidad aparece como una construcción que puede surgir también de otras epistemes y de otras formas de producir, compartir y legitimar saberes.

Esta perspectiva no implica reemplazar unas formas de conocimiento por otras, sino formular otra pregunta: ¿cómo ampliar la universidad para que pueda alojar una mayor pluralidad de conocimientos, experiencias y formas de aprender?

Las universidades latinoamericanas y caribeñas están insertas en sociedades diversas. Pueblos indígenas, movimientos sociales, organizaciones comunitarias, trabajadores, movimientos feministas, experiencias territoriales y múltiples tradiciones culturales producen conocimientos fundamentales para comprender nuestros problemas. La universidad puede convertirse en un espacio de encuentro entre esos saberes.

Esto supone reconocer el territorio no solamente como un lugar donde la universidad realiza actividades de extensión, sino como un espacio donde también se produce conocimiento. La relación universidad-territorio puede ser entonces una relación de coproducción, la universidad aporta conocimientos científicos, capacidades institucionales, investigación y formación; los territorios aportan experiencias, saberes, problemas, lenguajes y formas de organización. De ese encuentro pueden surgir nuevas preguntas y nuevas formas de conocimiento.

PENSAMIENTO CRÍTICO E IMAGINACIÓN PARA UN TIEMPO DE MUTACIONES

En este punto, consideramos importante situar nuestras discusiones en un tiempo histórico de transformaciones más profundas. Existe consenso en que vivimos un período de mutaciones cuyo desenlace permanece abierto. Precisamente por eso, las ciencias sociales, las humanidades y las artes necesitan fortalecer su capacidad de pensar históricamente el presente.

Esta perspectiva permite vincular varias de las cuestiones que recorren esta presentación: las transformaciones tecnológicas y los cambios en el mundo del trabajo; las disputas alrededor del conocimiento; las nuevas formas de politización y las transformaciones de las democracias; las relaciones entre generaciones y las nuevas formas de producción de subjetividades. Frente a estos procesos, el pensamiento crítico no puede limitarse a interpretar categorías heredadas. Necesita también producir nuevas preguntas y nuevas herramientas.

Queremos introducir aquí dos ideas que considero particularmente sugestivas: tejer redes y potenciar la imaginación intelectual y política. Tejer redes supone construir espacios de encuentro entre universidades, instituciones educativas, estudiantes, intelectuales, movimientos sociales, organizaciones territoriales y comunidades. La diferencia deja de ser pensada únicamente como aquello que separa y puede convertirse en el punto de partida para construir lo común. Imaginar supone recuperar una capacidad central del pensamiento crítico: prefigurar futuros. La universidad necesita comprender las transformaciones que están ocurriendo, pero también participar en la construcción de aquello que todavía no existe.

UNIVERSIDAD PÚBLICA Y DEMOCRACIA

Otra de las convergencias que identificamos es la relación profunda entre universidad y democracia. Las universidades no son solamente instituciones educativas; son espacios públicos de conversación, lugares donde conviven perspectivas diferentes, instituciones donde pueden discutirse conocimientos establecidos, ámbitos donde nuevas generaciones entran en contacto con tradiciones intelectuales, científicas, políticas y culturales, y espacios donde una sociedad puede interrogarse a sí misma. Es decir, espacios de fortalecimiento y revitalización democrática.

Esa capacidad adquiere especial importancia en sociedades atravesadas por fragmentaciones, desigualdades y transformaciones aceleradas. La democracia necesita instituciones capaces de sostener la deliberación, producir conocimiento confiable y construir lenguajes comunes. Las universidades pueden contribuir de manera decisiva a esa tarea.

De esta manera, proponemos pensar la universidad como espacio de construcción de lo común, entramando comunidad académica y fortaleciendo la autonomía (no entendida como aislamiento o torre de marfil, sino como independencia emancipatoria), la libertad académica y el pensamiento crítico como condiciones de una universidad capaz de intervenir en la vida pública.

En este punto, nos parece central fortalecer espacios de pensamiento crítico colectivo y de articulación con nuevas generaciones.

Desde diferentes perspectivas abordamos una misma cuestión: la universidad es también una institución democrática porque permite construir capacidades para vivir, pensar y decidir con otros.

DE LA UNIVERSIDAD QUE TENEMOS A LA UNIVERSIDAD QUE QUEREMOS

Llegados a este punto podemos identificar un horizonte compartido. Construir universidades capaces de producir conocimiento socialmente relevante, ampliar derechos, formar sujetos críticos, democratizar las tecnologías y fortalecer los vínculos con las sociedades de las que forman parte.

La pregunta no es entonces cómo preservar intacta una determinada forma histórica de universidad, sino qué universidad necesitamos construir para las sociedades en las que estamos viviendo. Esta distinción es fundamental porque defender el carácter público de la universidad implica también fortalecer su capacidad de transformación. Y transformar la universidad exige volver a preguntarnos por sus propósitos, qué conocimientos producimos, cómo enseñamos y aprendemos, cómo evaluamos, qué tecnologías desarrollamos y utilizamos, qué vínculos construimos con nuestros territorios, qué lugar otorgamos a las nuevas generaciones, qué problemas consideramos relevantes y, fundamentalmente, qué sociedades queremos contribuir a construir.

DE LOS DIAGNÓSTICOS A UNA AGENDA DE CAPACIDADES UNIVERSITARIAS

A partir de lo dicho, identificamos, al menos, siete campos estratégicos de acción:

1. Fortalecer la universidad como productora de conocimiento público y común. Esto supone ampliar la investigación pública, la ciencia abierta, los repositorios de acceso libre y las formas de circulación del conocimiento que permitan que aquello producido con capacidades colectivas vuelva a la sociedad.

2. Renovar la experiencia de enseñanza y aprendizaje. La expansión de la información digital y de la inteligencia artificial vuelve aún más importante fortalecer el pensamiento crítico, la interpretación, el análisis situado, la creatividad, la formulación de preguntas y la capacidad de construir conocimiento con otros.

3. Construir capacidades públicas y regionales en inteligencia artificial. Las universidades pueden cooperar en el desarrollo de infraestructuras digitales, repositorios, corpus regionales, modelos de inteligencia artificial, gobernanza de datos y marcos éticos que permitan intervenir activamente en la transformación tecnológica y en una inteligencia artificial sin sesgos y basada en la justicia epistémica y algorítmica.

4. Fortalecer la autonomía universitaria. La autonomía constituye una condición para producir conocimiento relevante, sostener la pluralidad intelectual, definir agendas propias de investigación y formación y contribuir críticamente a los debates públicos.

5. Construir nuevas relaciones entre universidad y territorio. La universidad puede profundizar formas de coproducción de conocimiento con comunidades, organizaciones, movimientos sociales, instituciones públicas y actores territoriales, reconociendo la pluralidad de saberes existentes en nuestras sociedades.

6. Revincular universidad, democracia y nuevas generaciones. Esto implica construir nuevos lenguajes, formatos, espacios de participación y experiencias educativas capaces de convocar a quienes hoy ingresan a nuestras instituciones y de fortalecer su capacidad de intervenir en la vida pública.

7. Construir cooperación universitaria latinoamericana y caribeña. La escala regional puede ampliar significativamente nuestras capacidades. Compartir conocimientos, infraestructuras, tecnologías, experiencias pedagógicas, investigación y formación permite transformar capacidades dispersas en una capacidad colectiva de acción.

EL LUGAR DE CLACSO: CONECTAR CONOCIMIENTO, UNIVERSIDADES Y SOCIEDADES

CLACSO ocupa un lugar estratégico para contribuir a esta agenda. Su principal fortaleza reside en su capacidad de conectar instituciones, conocimientos, territorios y actores.

La red de centros que integran el Consejo constituye una infraestructura pública importante para producir conocimiento comparado, compartir experiencias universitarias, construir agendas regionales

y promover diálogos entre universidades, sistemas científicos, Estados, movimientos sociales y organizaciones.

Desde esta perspectiva y pensando CLACSO como una infraestructura pública de conocimiento regional y global, proponemos ampliar y profundizar debates estratégicos a partir de la diversidad del pensamiento crítico latinoamericano y caribeño y transformar esa diversidad en capacidad colectiva para formular preguntas, producir conocimiento y construir herramientas para la acción.

En el campo de la educación superior, esta tarea adquiere una importancia particular.

CLACSO puede contribuir a construir una agenda latinoamericana y caribeña sobre universidad, conocimiento e inteligencia artificial; fortalecer redes de cooperación académica; promover espacios de diálogo entre instituciones y territorios; conectar experiencias innovadoras; producir información comparada y ampliar la circulación pública del conocimiento generado en nuestra región. Puede también contribuir a que las universidades vuelvan a reconocerse como parte de una trama regional de producción de conocimiento y construcción de futuros. Porque producir pensamiento crítico es también construir capacidad colectiva.

UNA UNIVERSIDAD PARA CONSTRUIR FUTURO

No sabemos todavía cuáles serán todas las transformaciones que atravesarán a la universidad en las próximas décadas. La inteligencia artificial modificará las formas de producir y acceder al conocimiento; el mundo del trabajo seguirá transformándose; las nuevas generaciones construirán otras formas de aprender, comunicarse y participar; y las sociedades continuarán produciendo nuevos problemas y nuevas demandas. Precisamente por eso, el futuro de la universidad permanece abierto, y esa apertura constituye también una oportunidad.

América Latina y el Caribe poseen una extraordinaria tradición universitaria, sistemas públicos de educación superior, comunidades científicas, experiencias de educación popular, universidades interculturales, indígenas y comunales, movimientos estudiantiles, tradiciones de pensamiento crítico y múltiples experiencias de articulación entre conocimiento y transformación social. El desafío consiste en convertir esas experiencias y capacidades en una fuerza capaz de intervenir sobre las transformaciones en curso.

Esto implica fortalecer universidades públicas y autónomas; ampliar la producción y circulación de conocimiento como bien común; construir soberanía científica, tecnológica y digital; renovar las pedagogías; recuperar la centralidad de los sujetos y los vínculos; reconocer la pluralidad de saberes; profundizar la relación con los territorios; fortalecer la cooperación regional y recuperar la imaginación como una dimensión fundamental del pensamiento.

La universidad puede ser uno de los lugares desde los cuales nuestras sociedades piensen colectivamente el futuro. Un lugar donde aprender a formular nuevas preguntas, construir conocimientos para problemas todavía no resueltos, encontrarse con otros y otras, experimentar formas de lo común y abrir a las nuevas generaciones la posibilidad de imaginar futuros que todavía no existen.

Estas reflexiones buscan contribuir a esa construcción. No pretenden definir un modelo único de universidad ni ofrecer respuestas definitivas frente a transformaciones que permanecen abiertas. Busca aportar preguntas, experiencias, conocimientos y herramientas que permitan fortalecer la capacidad de nuestras universidades para intervenir en ellas.

El desafío, entonces, no es solamente pensar el futuro de la universidad. Es construir, desde América Latina, el Caribe y el Sur global, universidades públicas, autónomas y democráticas capaces de producir conocimiento común, disputar los sentidos de las transformaciones en curso y ampliar las capacidades colectivas para intervenir en ellas. Universidades capaces, en definitiva, de producir un futuro compartido y mejor.